

de la casa de campo, cuya planta se remonta a la ordenada Roma Imperial.

La escenografía de **El desquite** es la puesta en escena de la gran espalda nacional, desnudada aquí para que sus personajes transiten con la libertad de alternar primeros planos, rápidamente diluidos por la aparición de otros.

Su estructura larga y lineal no permite al espectador tener una mirada euclidiana, obligándolo permanentemente a seleccionar los fragmentos de la historia que desea seguir.

Los actores aparecen y desaparecen tras la con-

fusión de las formas, apoyada ésta, por una iluminación baja que, prolongando las sombras, amplía ese territorio de nadie en donde los vivos y los muertos deambulan.

Es indudable que, gracias a la escenografía, la obra se inicia antes que la actuación de los personajes permitiendo a todo espectador realizar ese viaje muchas veces fallido hacia el reino de lo teatral.

La dirección de Andrés Pérez tuvo la sensibilidad de encomendarle a ella, el primer y último acto de la obra consciente de que es capaz por sí sola de remitirnos a una identidad concreta en la cual, la mezcla o el mestizaje es el espíritu fundamental, señalando poética-

DE CÓMO COMENZÓ TODO

MARÍA IZQUIERDO

Actriz

Cuando Cuti Aste y Alvaro Henríquez nos invitaron a almorzar con don Roberto Parra, para que nos contara o nos leyera **El desquite**, supimos que nos atraparía el proyecto. Llegamos a Romero con los muchachos, tenían feroz tallarinata, y al rato llegó don Roberto con toda su fuerza y su modestia. Servimos el almuerzo y todos hambrientos quisimos atenderlo a él que no podía comer porque no paró de hablar y hablar de la historia de Anita que quedó huérfana y que sus padrinos la vendieron a la señora Lucía que estaba enferma y que prontamente moría quedando sola con el patrón y enamorada de él, quedó embarazada siendo violentamente despedida y sobreviviendo la calamidad, por segunda vez fue acogida en la cantina, pulpería de don Pedro a la que llegaría don Pablo (el patrón) y compraría los favores de Carmencita, la hija de don Pedro, quien tenía un purísimo amor con Manuelito, un corredor de carreras a la chilena que don Pedro no quería y Carmencita y Anita y Margarita (la

llavera de la cantina) fraguarían el desquite, haciéndole un cambiao al patrón, de modo que creyendo que se acostaba con Carmencita, se acostaba con Anita, la huérfana y madre de Pablito Casas-Cordero. Don Roberto apenas probó la comida contando esta historia, como si la hubiera vivido y nosotros escuchábamos seguros de que la historia era poderosa y que sería nuestro próximo proyecto. Don Roberto quería que Willy hiciera a don Pablo, pero también quería que dirigiera la obra.

Willy propuso inmediatamente que invitáramos al Andrés Pérez a dirigir pero Andrés estaba en Europa. La escribimos y se dieron las cosas como para trabajar juntos en esta obra. Los ensayos no fueron fáciles, todos estábamos trabajando en proyectos paralelos.

A poco andar tuvimos nuestra última y memorable reunión con don Roberto que, nuevamente, nos contó la obra en un desayuno en la Estación Mapocho. Sus personajes eran tan vivos como si él los hubiera



El desquite, de Roberto Parra.
Dirección de Andrés Pérez.
En la foto: Willy Semler y Aldo Parodi.

conocido y hablaba de ellos con detalles históricos y anecdóticos. Al mismo tiempo, al leer el texto, nos dábamos cuenta de que Chagall habitaba las escenas. El tiempo y el espacio no eran realistas; en un parlamento pasaban dos años y había un viaje a Chillán a comprar zapatos. La acción avanzaba como el Maule, sin riendas,

mente que la historia transcurre en un país que –para bien o para mal– nunca ha terminado por tener un diseño estructural.

Sin duda, el mayor mérito de este espacio es que, siendo barroco en su expresividad y compuesto de tantos pequeños objetos y detalles, logra realizar una metáfora esencial al operar como una sola máquina de sensaciones y reminiscencias, protagonista clave en la trama al escenificar con respeto y dulzura, un sector de Chile generalmente estereotipado por la cultura urbana, el campo, patio de atrás de la historia oficial, aunque plataforma irremplazable del ser nacional.

atravesando a los personajes en sus sentimientos y sus destinos. El trabajo de los ensayos fue, como siempre con Andrés, sin un reparto predecido sino que todos haríamos todos los personajes, buscando los acontecimientos que dieran vida a los textos.

Fue un complicado laberinto el proceso de ensayos, tardamos seis meses en dibujar el mapa de la intrincada historia, sin contar con que ensayábamos en una pequeña, pero muy pequeña, sala de la Estación Mapocho, que no se parecía en nada al espacio que supuestamente sería el escenario: La Casa Amarilla. Este lugar era un galpón lleno de piecitas llenas de herramientas, basura, ropas viejas, restos de talleres y abandonado. Además, la idea de carreras a la chilena nos tenía la imaginación atrapada con la idea de tener caballos en el escenario. Juan Carlos Castillo, diseñó un espacio largo y angosto y tuvo una visión, una certeza respecto a ese espacio. Un escenario a lo largo 20 metros de ancho por 5 metros de fondo.

Cuando llegamos a ensayar ahí por primera vez, dudamos, todos menos Andrés y probamos trabajar en el espacio angosto y con profundidad. La evidencia se impuso y volvimos a la larga y angosta franja de escenario.

El mapa de la acción estaba boceteado, los personajes ya *asignados* y apareció la simultaneidad. Fue como si Chagall hubiera acertado sus imágenes campes-

tres y de matrimonios en ese espacio lleno de fondos de paja y con una cama que sería la mesa y con dos cocinas que serían las entrañas de la pulpería y con animitas que serían los camarines de los actores.

Don Roberto no alcanzó a ver **El desquite** en cuerpo presente; sin embargo, nosotros lo sentimos en cada función como una fuerte presencia que llena de

imprevistos e inspiración nuestra labor como intérpretes de su historia.

Siendo el teatro un *arte* y considerando el arte como el lenguaje del espíritu o de los espíritus que habitan la obra, nosotros los intérpretes de estos personajes somos invocadores y tenemos la oportunidad de fusionar dos verbos: creer y crear... yo creo.

El desquite, de Roberto Parra. Dirección de Andrés Pérez.
En la foto: Carola Gimeno, Willy Semler y María Izquierdo.

